

Para consuelo de los enfermos y de los que les asistian, concedió el Papa facultad á cualquier sacerdote para absolver á los moribundos de todo género de pecados, y para aplicarles una indulgencia plenaria; y á los fieles que les hacian algun beneficio en sus enfermedades, ó los enterraban despues de muertos, y á los sacerdotes que les administraban los socorros espirituales, les concedió indulgencias proporeionadas á su trabajo. Estas dispensaciones liberales de los tesoros de la Iglesia escitaron maravillosamente á los enfermos á morir bien, y á los ministros de la caridad á servirlos con constancia. Si hubo algunos pastores cobardes que abandonaron sus rebaños, un gran número de religiosos intrépidos suplian su falta con notorias ventajas, sin que los muchos que de ellos perecian diariamente fuesen capaces de amortiguar el ardor de los demas. Este azote terrible acabó con un número crecidísimo de varones insignes que contribuian á sostener sus comunidades con sus buenos ejemplos no menos que con su doctrina; lo que causó en lo sucesivo una disminucion notable en la regularidad. ¡Tan importante es, aun en las mejores obras y

ta del que hizo el Papa Clemente VI en la carta, que para consolar á la reina viuda doña María, la dirigió en 27 de mayo del mismo año, publicada por Rainaldo al número 42. Hasta los moros de Gibraltar decian que habia muerto en don Alfonso uno de los mayores príncipes de la tierra, y por respeto suyo ninguno de ellos se movió contra los cristianos, que alzaron el sitio y se retiraron hácia Sevilla detrás del féretro. «El rey de Granada, dice un historiador árabe, cuando entendió la muerte del de Castilla, como quiera que en su corazon y por el bien y seguridad de sus tierras holgó de la muerte, con todo eso manifestó sentimiento, porque decia que habia muerto uno de los mas excelentes príncipes del mundo, que sabian honrar á todos los buenos, asi amigos como enemigos, y muchos caballeros musulmes vistieron luto por el rey Alfonso, y los que estaban de caudillos con las tropas de socorro para Gebaltarie (Gibraltar) no incomodaron á los cristianos á su partida cuando llevaban el cuerpo de su rey desde Gebaltarie á Sevilla» (Conde, part. 4, c. 23). Sucedióle en el trono su único hijo legítimo, Pedro, único tambien de este nombre, que en adelante fué apellidado el Cruel. (N. del E.)

en las pruebas mas saludables por su naturaleza, evitar con una prevision juiciosa los inconvenientes que pueden resultar de ellas! La enfermedad fué causa de que se relajase el rigor de la observancia en la comida y en otras muchas cosas; y despues de estinguida aquella no se pudo remediar este desórden. Entre las victimas ilustres de la caridad se cuenta á Bernardo de Sena, fundador del órden del Monte Olivete, el cual se contagió asistiendo á sus hermanos.

En Florencia dió margen la mortandad al establecimiento de la universidad, habiéndola solicitado y obtenido del Papa los magistrados para atraer nuevos habitantes, y restituir á la ciudad alguna parte del esplendor que habia perdido. La desolacion pública produjo en Alemania efectos enteramente contrarios, porque los pueblos empezaron á azotarse públicamente, al principio sin ningun plan ni asociacion de unos con otros, sino por una impresion simultánea de terror, y sin otro objeto que aplacar la ira de Dios; pero muy en breve se formaron cofradías sediciosas, y una secta herética de flagelantes, no menos supersticiosos y temerarios que los que habian sido proscritos. Decian que la sangre derramada en aquellas flagelaciones se mezclaba con la de Jesucristo para la remision de los pecados; pretendian absolverse unos á otros; se jactaban de que hacian milagros, y sobre todo de que tenian el don de lanzar los demonios; llevaban consigo algunas mugeres que decian verse ya libres de ellos y que se desnudaban hasta la cintura para azotarse como los hombres, y que causaron al pudor justos temores de que semejante conducta habia de producir peligros mas graves (1).

Informado el Papa de estas supersticiones por los diputados de la universidad de Paris, que las habia condenado ya, hizo pu-

(1) Alb. Argent. pag. 149.

blicar en confirmacion de la sentencia dada, una bula dirigida al arzobispo de Maguncia y á sus sufragáneos. Desde luego se debia advertir á todos los fieles, clérigos y legos, que se retirasen de semejantes asociaciones, y obligarlos á ello, en caso de desobediencia, con las censuras eclesiásticas y con los medios judiciales mas prontos y espeditos. Como los flagelantes abundaban mucho en Strasburgo y en Spira y en toda aquella parte de la frontera de Francia, el rey Felipe les prohibió, pena de la vida, que entrasen en su reino, con lo que parece se preservó este enteramente de sus errores y desórdenes. En Alemania se fueron disipando poco á poco, mediante la vigilancia de los prelados. Pero si desapareció la supersticion, ocupó su lugar la venganza mas ciega y feroz.

Se figuró el pueblo que los judíos eran los autores de la peste, y dominando esta idea estravagante en todas las personas de poca reflexion y talento, cundió por las diferentes regiones de Europa, y con especialidad por la Germania (1). Suscitóse una persecucion tumultuaria y sangrienta contra los infelices hijos de Jacob, proscribiéndolos sin mas exámen, degollándolos y quemándolos sin distincion de edad, sexo, condicion ó empleo: lo cual les causó tan horrible desesperacion y despecho, que temiendo las madres que despues de su muerte fuesen bautizados sus hijos, incendiaban sus casas, dejaban ó echaban en ellas á estos inocentes, y se precipitaban á si mismas en el fuego con sus maridos. Para contener una barbárie capaz de hacer odioso el cristianismo, publicó el Papa dos bulas en el espacio de tres meses. Por la primera prohibió á todos los fieles hacer cualquiera estorsion á los judíos en sus personas ó en sus bienes y obligarlos á reci-

bir el bautismo. Pero no habiendo bastado este decreto para calmar el furor de un populacho irritado con la continuacion de la enfermedad epidémica, encargó á los ordinarios que publicasen en sus iglesias prohibicion, pena de anatema, no solo de matar á los judíos, sino tambien de separarse de las reglas y fórmulas de la justicia en cualquier desavenencia que se tuviese con ellos: y juntando la persuasion á la autoridad, los justificaba del crimen que se les imputaba, haciendo ver que la peste no habia sido menos fatal á los judíos que á los cristianos, y que en los paises en que no habia judíos que inficionasen el aire y los alimentos, segun se decia, habia hecho iguales estragos que en otras partes. Esta prudente atencion y vigilancia impidió todo género de violencias en Aviñon y en sus cercanías; pero continuaron casi en todos los demas paises, y principalmente en las orillas del Rhin, por todo el año de 1349. Se asegura que en solo el distrito de Maguncia perecieron mas de doce mil judíos.

Las calamidades públicas no extinguieron las disensiones, las facciones políticas ni las turbulencias. Los grandes que no eran del partido del emperador Carlos de Luxemburgo, resolvieron conferir el imperio á Gunthier, conde Schuartzburgo, en Turingia, reputado por uno de los mayores guerreros de su tiempo (1). Al principio no admitió, pero consintió luego, con la condicion de que los príncipes reunidos en Francfort declarasen la vacante del trono y recayese en él la eleccion por el mayor número de los electores. En efecto, fué elegido el dia 2 de febrero de 1349 por cuatro de estos príncipes, siendo siete los que tenian derecho de dar su voto; pero el que le dió Enrique de Busman, suspenso y depuesto en 1346, era nulo; pues el arzobispo legiti-

(1) Cont. Nang. pag. 809; Alb. Arg. pag. 146.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV.

(1) Alb. Argent. pag. 350.

mo y único verdadero elector por Maguncia era el arzobispo Gerlac de Nasau. Los otros tres electores que votaron por Gunthier, fueron Luis, marqués de Brandemburgo, hijo de Luis de Baviera, Rodolfo, conde palatino del Rhin, y Enrique duque de Sajonia, el cual se habia declarado antes por Carlos de Luxemburgo. Seis semanas despues de esta eleccion fué recibido Gunthier en Francfort como emperador.

El dia 10 de marzo publicó en aquella ciudad un edicto concebido en estos términos (1): «habiendo mandado nuestro predecesor el emperador Luis, de gloriosa memoria, que el que fuese elegido por rey de romanos tuviese la plena administracion del imperio antes de la confirmacion del Papa, ratificamos y renovamos esta ley por el presente edicto, de acuerdo con nuestros principes eclesiásticos y legos. Por tanto declaramos nulo todo lo que se haya ejecutado contra el tenor de esta disposicion, y en particular los decretos dados por los Papas sobre este punto, como repugnantes á la doctrina apostólica y cristiana; supuesto que, segun todas las leyes divinas y humanas, el Papa debe estar sujeto al emperador, y el emperador en cuanto á lo temporal no está sujeto al Papa ni á ninguna otra persona de la tierra.»

A consecuencia de una declaracion tan contraria á las convicciones de aquel tiempo, se esperaban nuevas revoluciones ó agitaciones, cuando con una muerte que no dió menos que pensar que la de Luis de Baviera, se hallaron cumplidos de repente los designios de la Providencia en orden á la pacificacion de Alemania. En los primeros dias del mes de mayo, Gunthier de Schuartzburgo, que permanecia en Francfort, cayó enfermo en aquella ciudad, y tomó una medicina que se creyó estaba envenenada, pues

(1) Gold. Const. tom. 3, pag. 414.

habiéndola probado el médico, murió á los tres dias y Gunthier se hinchó inmediatamente, experimentó una contraccion de nervios que no le permitia hacer uso de las manos, y murió en el discurso del mes. Pero antes desistió de sus pretensiones al imperio, y concluyó su reconciliacion con el emperador Carlos por la mediacion del marqués de Brandemburgo, el cual rehusó la oferta que se le hizo del imperio y recibió de Carlos la investidura de su marquesado. Al mismo tiempo le entregó ciertas reliquias que se tenian por muy preciosas, y se llamaban reliquias del imperio, las cuales pasaban del emperador difunto á su sucesor; pero las turbulencias de Germania habian obligado al marqués de Brandemburgo á conservarlas en su poder, como hijo primogénito que era del emperador Luis de Baviera. Consistian estas reliquias en una lanza, que segun unos era la de la Pasion, y segun otros la de Carlo-Magno; en una porcion considerable de la verdadera cruz; en uno de los clavos de la crucifixion; y en el mantel que se decia haber servido en la cena de Nuestro Señor.

A ejemplo de los principes, las ciudades y los pueblos se sometieron sin dificultad alguna; aun los frailes menores que eran muy afectos á Luis de Baviera, rindieron homenaje á Carlos de Luxemburgo, y se dispusieron de este modo para volver al centro de la unidad. Los pocos que quedaban en Munich, se dirigieron al capitulo general de su orden que se celebraba en Verona, el cual intercedió con el Papa en favor de aquellos frailes arrepentidos. Movido el Papa á compasion, dirigió al general una bula en que le concedia facultad para absolverlos, luego que hubiesen hecho su abjuracion y condenado especialmente los errores de Miguel de Cesena, aunque este murió penitente segun la opinion mas comun. De esta manera se estinguió con el cisma de

Alemania el fuego de la discordia que desde el año 1323 asoló al imperio y á la Iglesia en la serie de tres pontificados, por espacio de veintiseis años. ¡Leccion terrible, pero saludable, con la que parecia haberse agotado este fecundo manantial del cisma! No obstante, se acercaba el tiempo en que iba á brotar otro debajo de la cisma Cátedra de Pedro, que continuaba apartada de los lugares consagrados por su sepulero, y casi se habia fijado en un clima estrangero por la adquisicion que en él acababa de hacer el último sucesor de este Apostol. El mal se

umentaba lentamente, sus progresos apenas visibles fueron causa de que se viviese todavía con una seguridad engañosa, casi por espacio de treinta años; se atendió á él de un modo superficial ó pasajero, y cuando se quiso aplicar el remedio eficaz, se declaró el mal en tales términos, que se conoció entonces toda la profundidad de la herida. Pero veamos lo que debia servir para preparar y madurar, por decirlo así, esta funesta produccion del espiritu de adormecimiento y letargo.

LIBRO CUADRAGÉSIMO-QUINTO.

Desde la estincion del cisma de Alemania en el año 1349, hasta el gran cisma de Occidente en el de 1378.

Como en Roma se contaba todavía el año desde el dia del nacimiento del Señor, hizose en Navidad de 1349 la apertura del jubileo que Clemente VI habia otorgado á los romanos que fueron á Aviñon á reclamar la presencia de su Pontífice. No obstante estar ausente el Papa, fué tal vez mayor el concurso de los peregrinos en aquella ocasion que en ninguna otra. ¡Tan profundamente estaba grabado en el corazon de los pueblos el respeto de la Silla natural del primado apostólico! El frio fué excesivo en aquel año; pero no sirvieron de obstáculo á su devocion los muchos hielos y nieves, ni las terribles inundaciones que resultaron de ellos. Estaban los caminos casi

intransitables, pero llenos de dia y de noche de hombres y mugeres de todas edades y condiciones. Las posadas y todas las casas que habia en ellos no bastaban á guarecer, no solo á los caballos y equipages, pero ni aun á las personas. Quedábanse fuera y pasaban las noches al rededor de grandes hogueras los viageros de Alemania y de todas las regiones del septentrion, como mas acostumbrados al frio. Animábanse y se asistian fraternalmente unos á otros todos los peregrinos, de cualquier nacion que fuesen, ayudándose unos á otros contra los ladrones del pais, y no tenian entre sí ningun altercado ni desavenencia. No pudiendo entenderse los posaderos